

NECESIDAD DE LA FILOSOFIA *

Señor Rector de la Universidad, señor Decano, señores:

Por una circunstancia feliz me ha tocado, en el transcurso de muy pocos días, saludar en nombre de la Facultad a los dos colaboradores de mis cátedras; vale decir, a dos profesores que la suerte me ha permitido conocer desde cerca y apreciar las calidades sobresalientes que los adornan. El doctor Fragueiro es un fino espíritu, completamente logrado, que ha llevado ya, en plena juventud, su nombre hasta los círculos intelectuales más altos de Europa, mereciendo sus trabajos los mejores juicios. Me es, entonces, particularmente grato presentar al doctor Fragueiro mi saludo en nombre de la Facultad.

Puede decirse que toda la segunda mitad del siglo pasado se ha caracterizado por una cierta incapacidad filosófica. De tal modo ha sido notorio este rasgo, que a no mediar una razón muy honda para la existencia de la filosofía, estoy cierto que ella habría desaparecido definitivamente del cuadro de todo saber.

Es fácil detenerse a investigar cuáles han sido las causas, o por lo menos las causas más hondas, que han determinado este estado de crisis de la filosofía. Como lo explica Ortega y Gasset, en primer término puede advertirse como una de esas causas el triunfo

(*) Los trabajos de los Dres. Enrique Martínez Paz y Alfredo Fragueiro, que insertamos en este número, son las versiones corregidas de las disertaciones pronunciadas en el acto académico del 12 de Octubre del año ppdo. en el cual la Facultad de Derecho confirió al segundo de los nombrados el grado de Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. De acuerdo a la ordenanza respectiva la entrega del título se verifica en acto público en el cual hacen uso de la palabra un profesor titular y el graduado. En números próximos se publicarán las disertaciones correspondientes a otros actos de la misma naturaleza.

del método experimental. Galileo descubrió la nueva ciencia. Antes de Galileo todo el saber se debatía bajo las dificultades y los vicios del método simplemente racional, que se esforzaba por suplir su ignorancia de la naturaleza. Esta oposición entre naturaleza y razón provocaba en el orden de los conocimientos una contradicción y un vacío casi permanente. La razón y la naturaleza no llegaban nunca a fundirse y darnos un conocimiento perfecto, ejemplar. El método experimental pareció por un instante ofrecer esa definitiva solución, que presentaba la ventaja de llegar al conocimiento absoluto y definitivo. El experimento era, precisamente, el momento en el que el principio de razón se reunía con el principio natural. Lo natural y lo racional se encontraban, así, en el experimento, que provocado por nosotros, venía a confirmar el principio que la razón había adelantado. Experiencia y razón venían así a reunirse. Demás está decir que ante semejante perspectiva el mundo entero del saber se inclinó ante este nuevo descubrimiento, y la física llegó a ser el tipo de la ciencia, la ciencia ejemplar, la que debía ser su modelo. Todas las otras cedieron frente a esta concepción de la física; ninguna de las otras, y menos que todas la filosofía, podía presentar la certeza, la seguridad, la verdad misma que ofrecía el método experimental; todas se volvieron experimentales, y los filósofos, que no podían dar a su saber aquel carácter, se redujeron en el fondo de sus gabinetes, temerosos, avergonzados de no poder revestir a su filosofía con el carácter que el método experimental imponía. No era esa sola la ventaja de la física. Además, y para mayor prestigio, todos los conocimientos físicos tenían, por naturaleza, la propiedad de poder ser aplicados en la vida, de tal manera, que de inmediato la verdad de la física servía a la utilización práctica. Reunían así al principio de la verdad, el sentido de utilidad, para conquistar la más alta posición en la estimación humana.

A estas razones, podemos agregar otra, que surge del propio ambiente peculiar de la época: el tipo del hombre de esos días está caracterizado por el tipo del burgués, por el filisteo, por el tipo de ese hombre al que no le inquieta nada que trascienda fuera de las propias constataciones de la vida; no ha nacido para la especulación; es, por excelencia, el tipo del hombre práctico, que solamente quiere utilizar en su provecho las fuerzas del mundo, que quiere

gozar de sus ventajas y beneficios, y nada más. Para él, el punto de referencia, la razón que todo lo justifica es la utilidad; la medida de la verdad está dada por su practicidad.

Estos tres elementos — descubrimiento del método experimental, aspecto práctico del conocimiento y aparición del tipo del burgués o del filisteo — trajeron naturalmente, necesariamente la destrucción de todo principio filosófico; la crisis de la filosofía. Pero la inquietud por los problemas del mundo no iba a quedar aplacada con esta sencilla solución, ni hubiera sido preciso esperar hasta la venida de este tipo de hombre inferior para llegar a descubrir la solución final de todos los misterios y los problemas.

Poco a poco fué apareciendo un tipo nuevo: el hombre de nuestros días, que no tiene por modelo el tipo práctico del filisteo. Se inquieta por algunos problemas; encuentra que el progreso de los conocimientos físicos lo han puesto frente a multitud de factores nuevos, de fuerzas que obran dentro de la naturaleza, y cuyo sentido le es difícil alcanzar. El progreso de la ciencia le muestra cada día un sinnúmero de problemas y cuestiones que escapan propiamente al método experimental. Poco a poco el tipo del hombre nuevo viene a ser nuevamente un tipo inquieto, un hombre ante quien los problemas misteriosos del mundo vuelven a presentarse con un carácter, una exigencia y rigor que no permiten abandonarlos como problemas. A este tipo sucede el replanteamiento de los problemas del conocimiento como necesaria consecuencia. Los físicos mismos, ya no los filósofos, que permanecen como atemorizados en el fondo de sus gabinetes, los físicos mismos, digo, empiezan ahora a pensar sobre el alcance del conocimiento, sobre qué hay de verdad o de realidad en lo que ellos tienen por exacto y definitivo, o sea, el problema del conocimiento que se plantea en el campo de la física misma.

Más tarde los filósofos abrazan el problema a tal punto, que casi toda la filosofía del siglo pasado, y aun la de nuestros días, no es en el fondo nada más que una investigación del problema del conocimiento. Esta restauración se hace cada vez más necesaria desde que reflexionando el físico sobre el valor de sus propios conocimientos empieza a comprender lentamente que eso que él tenía por verdades definitivas eran, en el fondo, simbolismos, representaciones, algo en que está su propia personalidad en una medida tan

grande que él no puede afirmar dónde comienza la realidad y la verdad constatada; y dónde termina su propia influencia y su propia proyección individual. Poco a poco los más grandes físicos llegan a convencerse y a explicarse el que la realidad es arracional, que escapa a las leyes del raciocinio.

Meyerson, en su célebre libro "Identidad y Realidad", que podemos decir se ha vuelto ya clásico, llega a la conclusión de que la realidad es contraria a todos los principios racionales, y que la ciencia la racionaliza; vale decir, que la razón tira una red dentro de la cual la aprisiona. Así se explica que sea posible la interpretación de los fenómenos del mundo, sirviéndose de principios distintos y hasta antagónicos, cuyo error o verdad la razón por sí misma no es capaz de demostrar. Ya sabemos, por ejemplo, cómo es posible explicar todos los fenómenos de la vida, del cosmos, del movimiento de los astros, suponiendo la estabilidad del sol y el movimiento de la tierra, como la estabilidad de la tierra y el movimiento del sol. Una u otra explicación será la más clara, la más convincente; pero eso no basta para que la reconozcamos por verdad; lo cierto es que los fenómenos de la naturaleza pueden ser explicados con uno de los dos principios. Y así, igualmente ocurre cuando se habla de una geometría euclidiana o no euclidiana, que sirven por igual en la explicación de las cosas del mundo; es decir, que hay en la noción de verdad un elemento racional que no está reglado de un modo absoluto por las cosas, sino en la medida que coinciden con ellas. El físico ahonda cada vez más en sus conocimientos, y encuentra, por otra parte, que lo que es cierto y verdad para la observación que cae dentro de este pequeño mundo, de nuestra tierra, no lo es cuando se aplica a los grandes espacios. Así, la rectificación de Einstein, en gran parte no corrige nada de lo que nosotros tenemos por verdad en el mundo terrestre, y sí es una rectificación para los espacios celestes; vale decir, que a medida que ahondamos en nuestras investigaciones vemos también que este principio de razón no es verdad absoluta en todos los campos. La quiebra del método experimental desde este punto de vista, trae esta otra consecuencia más grave: los físicos, convencidos de la necesidad de no proyectar las bases de su método fuera de la física misma, huyen de toda intromisión en el campo de la filosofía para no disminuir sus valores absolutos. Einstein se defiende con empeño y no admite

que se le llame filósofo; no quiere tener ningún pacto con la filosofía, y quiere mantenerse en el campo exclusivamente experimental. Y las ciencias físicas tratan de separar lo experimental de lo racional, en el campo de lo físico especialmente. Este hecho constituye en el fondo el reconocimiento de la existencia de dos planos distintos, aunque no independientes, que deben ser tratados por sistemas, métodos diferentes: el plano de lo racional y el plano de lo experimental, el que corresponde al campo de la filosofía y el que corresponde al de la ciencia propiamente dicha.

Explico así, rápidamente, primero, lo que puede llamarse el proceso de disolución, de crisis de la filosofía, y en seguida el proceso de la reconstrucción, o a lo menos, el proceso del replanteamiento de los problemas filosóficos.

Se me ocurre representar este estado, que viste y desviste el cuerpo del saber, sirviéndose del recuerdo de cierta lectura que creo haber hecho en Pausanias. Existía en Atenas una enorme estatua hecha por las prodigiosas manos de Fidias. Esta estatua representaba a Atenea Pártenos; tenía doce metros de alto, y coronaba el sitio más elevado de Atenas, como para dominar todo el horizonte del Atica. El cuerpo era de mármol, los brazos de marfil, las vestiduras, que se plegaban con gracia sobre su cuerpo, eran de oro, los ojos de diamantes, y tenía, además, la particularidad de que se podía, sin que sufrieran nada las prodigiosas formas de la escultura, retirarse todos estos adornos preciosos: la túnica de oro, los brazos de marfil y los ojos de diamantes; y, sin embargo, la estatua se mostraba siempre intangible. Se dice que esta concepción había sido creada en prevención ante las constantes amenazas de los enemigos que acechaban a Atenas. Los atenienses, ante el temor de invasión, guardaban secretamente las partes preciosas de su estatua, que en la paz lucía de nuevo su criselefantino esplendor.

Esta estatua bien podría darnos una especie de representación imaginativa de este proceso de la filosofía. A cada ataque de los bárbaros, perdónesenos la expresión, la filosofía recoge de todo el saber la parte más noble y digna; la estatua del conocimiento queda aparentemente en pie, privada de todas sus galas, que colocamos luego cuidadosamente tan pronto como ha cesado la agresión y el ataque del enemigo. Esto es lo que me parece que está ocurriendo

de nuevo en el campo filosófico: es la ocasión de volver a vestir nuestra Atenea Pártenos.

Para que esto quedara desde algún punto de vista completo, necesitaríamos decir, con el perdón natural del auditorio, que puede reprocharnos el tratar sobre cosas que pudieran ser juzgadas como elementales, necesitaríamos decir qué entendemos por filosofía. Quizás el procedimiento más adecuado para definir un saber, un conocimiento, es el de buscar de descubrir cuál es el tema, el objeto de esa disciplina, ciencia o conocimiento. Todas las ciencias, todos los conocimientos, así como tienen un objeto, que es lo que verdaderamente les da el carácter y la fisonomía propia, tienen también un método. Buscando de caracterizar el objeto y el método de la filosofía, llegaremos a una determinación, aunque sea ella elemental. El objeto de la filosofía puede ser determinado considerándolo en relación al objeto de la ciencia. Mientras el objeto de la ciencia es lo particular, lo transitorio, lo variable, lo histórico, lo que está dado, lo que se toca, se pesa, se mide; el campo de la filosofía es totalmente otro. Mientras que las ciencias hablan y se preocupan de la particularidad, la filosofía se ocupa de la totalidad. El hombre no puede pensar en las cosas, de lo particular, de los elementos de la vida real, sin suponer la existencia de un todo al cual esas cosas pertenecen. Si pensamos en el hombre, cómo habríamos de juzgar que el hombre está constituido por la suma de los actos particulares o individuales, por la suma de los fenómenos? Detrás de ese hombre, de lo que nosotros tocamos, de lo que vemos en el hombre, juzgamos que existe un otro hombre, es decir, un yo, una cosa que no se ve, que no se toca, pero que no es otra que la individualidad misma del hombre. En las cosas del mundo ocurre otro tanto: ningún ser, ninguna cosa puede ser pensada sino como siendo parte de una universalidad; vale decir, que en el individuo, en lo particular, late una universalidad.

Es indispensable una disciplina que trate de estudiar lo que en las cosas hay de universal; es decir, entonces, que el objeto de la filosofía, su tema propio es la universalidad, así como el de la ciencia es el de la particularidad. Ninguna ciencia podría estudiar este elemento, y nadie podría decir que ha contemplado todo lo que puede ser materia del conocimiento sino lo ha contemplado desde el punto de vista de la universalidad. Ahora, podría decirse: ¿Pero

estamos ciertos de que la universalidad existe? Si existe, ¿qué es esa universalidad? Si sabemos qué es, ¿será cognoscible esa universalidad? Son todos los problemas que constantemente se plantean frente a la posibilidad del conocimiento de la filosofía. Que existe nos parece evidente, desde que, como acabo de decir, el hombre aparecería fragmentado en su saber si pensara sólo en el estudio de los elementos individuales que las ciencias pueden penetrar.

Respecto a su carácter o naturaleza de problema, es fácil descubrir cuál será. Nosotros sabemos que existe un género de problemas prácticos, y al lado un género de problemas teóricos. Un género de problemas prácticos, que consisten en ver el modo de ser de las cosas, cómo son o no son, a fin de que éstas no presenten obstáculos a nuestro desenvolvimiento, y que sirvan de un modo u otro, que sean favorables al mismo desenvolvimiento del hombre. Los problemas teóricos, en cambio, se refieren simplemente al conocimiento, pero a un conocimiento que, como hemos dicho en el caso de la física, sea susceptible de una aplicación inmediata; son teóricas en cuanto se refieren al conocimiento, pero son susceptibles inmediatamente de una aplicación práctica. Y el campo de la filosofía no puede aspirar jamás a una aplicación práctica directa. Quien estudia filosofía no puede ofrecer nada, no puede prometer ningún conocimiento de sentido o aplicación práctica. La filosofía constituye realmente el más grande heroísmo intelectual que se concibe, la expresión más alta del desinterés humano, del sacrificio frente al conocimiento, por su carácter puro de satisfacción espiritual, sin sentido alguno de utilidad práctica para la vida. Desde ese punto de vista se advierte el carácter de nuestro saber. Nos faltaría preguntar: Este saber; esta universalidad, ¿puede ser conocida? Acaso ni siquiera pueda ser; es posible que el conocimiento de lo universal le esté eternamente negado al espíritu. Siendo así, podría preguntarse también: Si al comienzo de nuestra investigación nosotros no sabemos ni siquiera qué es eso de lo universal, si nosotros no sabemos ni siquiera que existe ese mundo tal que podamos justificarlo, comprobarlo ante la conciencia de todos, ¿cómo es posible lanzarse en esa aventura? ¿No observan todos que no es sino una especie de utopía querer ir a perseguir este vellocino de oro, esta cosa fantástica que apenas si se dibuja en la extensión? ¿No sería más lógico, más humano, más racional el que nos quedáramos simplemente

y nos dedicáramos a vivir y gozár el elemento que nosotros podemos dominar en nuestro ambiente y vegetativamente desarrollar nuestra vida? Esto sería, sin duda, una reflexión natural, pero no humana. El hombre no puede apartarse del conocimiento, de la preocupación por los eternos problemas relativos a la última verdad. El conocimiento propiamente es la adecuación de las cosas y del intelecto, o mejor, la penetración del intelecto, del espíritu del hombre dentro de las cosas. Todo hombre frente a la realidad del mundo tiene necesariamente este problema: sabe que lo que ve, que lo que toca no es toda la realidad. Hay, como decía cierto expositor, en el cuadro de todas las cosas del mundo, una especie de cuadro hecho a base de esos pequeños mosaicos, en el que a la más ligera observación, se encuentra que falta una pequeña pieza. Los fenómenos del mundo se nos presentan mostrando siempre un vacío. Ahí, en el punto donde nosotros no podemos penetrar, que nosotros no sabemos qué es, es un mosaico que hay que conocerlo por el perímetro que ha dejado en el cuadro. Es el punto que falta; sabemos que falta, pero no sabemos qué es lo que falta, y tenemos la seguridad, la certeza absoluta de que hay algo que falta en las cosas que los sentidos constatan, algo que no se penetra. No sería humano que advertidos de esa falta renunciásemos al problema, renunciásemos a la voluntad de penetrarlo. Y digo, entonces, que la filosofía es necesaria. Por qué? No porque sea útil. Ser útil es ser adecuada, servir a un determinado fin, y la filosofía no sirve a nada determinado. Por consiguiente, no es útil. Pero la filosofía es absolutamente necesaria, y es necesaria porque es conforme a la esencia del hombre. A todo aquello que es conforme a nuestra naturaleza nosotros no podríamos renunciar sin renunciar a nuestra naturaleza misma. Es necesario vivir conforme a su esencia y naturaleza, y la esencia del hombre es intelectual. Y el carácter inteligente del hombre proclama la necesidad de penetrar en el misterio de las cosas que no pueden ser constatadas por los sentidos. Se ve, pues, que si nosotros no podemos saber de la existencia de la totalidad, de lo absoluto, sino justamente por su ausencia, es todavía más apremiante, más inquietante, más hondo el problema que se presenta al espíritu en las cosas de la filosofía.

He querido, en vez de tomar un asunto concreto de ideas, de sistemas, de problemas de filosofía, referirme a este problema de

la necesidad de la filosofía, a este asunto porque he preferido antes de dar una lección de cátedra, antes de traer datos y exposiciones, dar una lección de vida; una lección de vida en cuanto estimula, exalta la necesidad de vivir conforme a la naturaleza humana, la necesidad de no abdicar las dotes supremas del espíritu, que son, en realidad, las que caracterizan verdaderamente la dignidad del hombre. (Grandes aplausos).

ENRIQUE MARTÍNEZ PAZ
